«De todas cuantas maneras quiere comer el alma, hallará en el Santísimo Sacramento sabor y consolación.» (C. 34; n. 2)

«Habíala dado el Señor (a ella misma) tan viva fe, que cuando oía a algunas personas decir que quisieran ser en el tiempo que andaba Cristo nuestro Bien en el mundo, se reía entre sí, pareciéndole que teniéndole tan verdaderamente en el Santísimo Sacramento como entonces, ¿qué más daba?» (C. 34; n. 7)

«Si cuando andaba en el mundo (Jesucristo), de sólo tocar sus ropas sanaba los enfermos, ¿qué hay que dudar que hará milagros estando tan dentro de mí, si tenemos fe, y nos dará lo que pidiéramos, pues está en nuestra casa? Y no suele Su Majestad pagar mal la posada, si le hacen buen hospedaje.» (C. 34; n. 11).

«Estaos vos con El de buena gana; no perdáis tan buena sazón de negociar como es la hora después de haber comulgado.» (C. 34; n. 11.)

—Cuentas de conciencia.

«Una vez acabando de comulgar, se me dio a entender cómo este sacratísimo Cuerpo de Cristo le recibe su Padre dentro de nuestra alma, como yo entiendo y he visto están estas divinas personas, y cuán agradable le es esta ofrenda de su Hijo; porque se deleita y goza con El —digamos— acá en la tierra... Importa saber cómo es esto, porque hay grandes secretos en lo interior cuando se comulga.» (C. 43.)

12) Luis de la Puente (1554-1624)

—«Este santo Sacramento es un memorial de las grandezas maravillosas de la Divinidad y Trinidad que en El están encerradas. Aquí está la Persona del Verbo divino, unida con su sacratísima Humanidad, en quien, como dice San Pablo (Col. 2, 9), mora la plenitud de la divinidad corporalmente. Y, por consiguiente, está en su compañía la Santísima Trinidad, porque no es posible apartarse una Persona de la Otra, por ser todas un mismo Dios. De aquí es que también en este Sacramento están todas las perfecciones y los atributos de Dios, y también los de su bondad y caridad, los cuales resplandecen admirablemente en esta obra.» (Meditaciones, p. IV; med. 40.)

—«El fin y fruto de esta comida (eucarística) es la unión de caridad permaneciendo Dios en mí... y yo en El como en mi protector y en lugar de mi refugio.

Se ha de considerar de esta soberana unión, por la semejanza que Cristo Nuestro Señor las declaró cuando dijo: «Como Yo vivo por el Padre, así quien me come vive por Mí.» (Jn. 6, 58.)

En las cuales palabras puso Cristo Nuestro Señor la mayor semejanza que podía traer para este intento; la cual consiste en que así como el Hijo de Dios, mediante la generación eterna, recibe de su Padre el ser y vida de Dios, y todas las perfecciones, virtudes y obras de Dios, de suerte que el Hijo por esta generación es un Dios con su Padre, vive en El y por El, y es sabio, bueno, infinito y todopoderoso como El, y con

El tiene un mismo sentir, querer y obrar en todas las cosas así también el que dignamente come a Nuestro Señor en este Sacramento, en virtud de esta comida recibe, por participación, el ser y vida de Cristo, sus perfecciones y virtudes, y la conformidad con Cristo en el sentir, querer y obrar lo mismo que Cristo, de suerte que sea un espíritu con El y pueda decir aquello de San Pablo: "*No vivo yo, sino que Cristo vive en mí*" (Gal. 2, 20) y "*Mi vivir es Cristo*" (Fil. 1, 21), "*porque vivo en El, y por El y para El*".» (Meditaciones, p. IV; med. 42.)

13) San Francisco de Sales (1567-1622)

—«Si los mundanos te preguntan por qué comulgas con tanta frecuencia, diles que para aprender a amar a Dios, para purificarte de tus imperfecciones, para librarte de tus miserias, para hallar consuelo en tus aflicciones, pra encontrar apoyo en tus flaquezas.

Diles que hay dos clases de personas que deben comulgar frecuentemente: los perfecto, pues estando bien dispuestos harían un gran disparate si no se acercasen al manantial y fuente de la perfección, y los imperfectos, para llegar a la perfección; los fuertes no convertirse en débiles, y los débiles, para llegar a ser fuertes; los enfermos, para ser sanados, y los sanos, para no caer enfermos; y que tú, como imperfecta,

débil y enferma, tienes necesidad de comulgar frecuentemente, para conseguir la perfección, la fuerza y la medicina necesarias a tu alma.

Diles que los que no están entregados a negocios del mundo deben comulgar frecuentemente, puesto que tienen comodidad para ello; y los que están muy ocupados, también porque tienen mucha necesidad de ello; y que el que trabaja mucho y el que se siente afligido por las penas, debe comer manjares nutritivos.

Diles que recibes la Sagrada Comunión para aprender a hacerlo, pues acto que no se repite, difícilmente se aprende a ejecutarlo bien.» *(Vida Devota, p.* 2, c. 21)

—«Los que comulgan, notan por la certidumbre de la fe lo que "ni la carne ni la sangre, sino el Padre celestial, les revela" (Mt. 16, 16), que su Salvador está en cuerpo y alma presente dentro de sus cuerpos y almas por el adorable Sacramento. Como la madreperla, habiendo recibido las gotas del fresco rocío de la mañana, se cierra no solamente para conservarlas puras del contacto con las aguas marinas, sino también para gozar del agradable frescor de aquel germen celestial; asi en muchos santos fieles devotos, habiendo recibido el Santísimo Sacramento, que contiene el rocío de todas las bendiciones divinas, sus almas se cierran y todas sus facultades se recogen, no sólo par adorar al Rey soberano, presente de nuevo con realidad admirable en su pecho, sino para sentir en su interior increíble consuelo y refrigerio espiritual, per-

cibiendo, mediante la fe, este germen divino de inmortalidad.» *(Amor de Dios,* L. 6, c. 7.).

14) San Alfonso María de Ligorio (1696-1787)

«¡Qué grandes misterios de confianza y amor son para nosotros la Pasión de Jesucristo y el Santísimo Sacramento del Altar! Misterios que fueran increíbles si la fe no nos certificara de ellos. ¡Un Dios omnipotente querer hacerse hombre, derramar toda su Sangre y morir de dolor sobre un patíbulo! ¿Para qué? ¡Para pagar por nuestros pecados y salvar así a los rebeldes gusanillos! ¡Y querer dar después a tales gusanillos su mismo Cuerpo, sacrificado en la cruz, y dárselo en alimento para unirse estrechamente a ellos! ¡Oh Dios, tales misterios deberían inflamar en amor todos los corazones de los hombres!» *(Práctica del amor a Jesucristo,* c. 3.)

15) Napoleón (1769-1821)

En 1815 llegó Napoleón, con algunos de sus antiguos generales, a la isla de Santa Elena, prisionero de los ingleses. En su dolorosa soledad sintió retoñar las convicciones religiosas que nunca se habían extinguido en él totalmente.

Un día preguntó a los generales que le rodeaban cuál creían que había sido el día más grande de su vida. Recordaban ellos el de su elevación al trono, y los de las principales victorias alcanzadas: Marengo, Austerlitz... Mas él les dijo, al fin, muy conmovido: «El día más grande de mi vida fue el de mi primera comunión». Mientras que algunos de los generales mostraban su extrañeza, Drouot, profundamente impresionado, se enjugaba una lágrima. Napoleón, entonces, le puso una mano en el hombro y le dijo: «¡Bravo, Drouot!; sois el único que me habéis comprendido». (R. Sarabia, Sermones.)

16) O'Connell (1775-1847)

O'Connell nació y vivió en Irlanda. Fue el líder de su pueblo oprimido. Era un gran orador. Alto y fuerte, metía las manos en los bolsillos, arengaba a las muchedumbres que le seguían y las arrastraba a defender con valentía la libertad de su Patria.

Y aquel hombre tan valiente, tan sabido y tan maravilloso orador, era al mismo tiempo un hombres que rezaba y comulgaba.

Salía una vez de comulgar y se le acercaron unos protestantes y le dijeron:

—O'Connell, te hemos visto rezando ante el altar.

—Bien, ¿y qué? —les contestó sacamente el caudillo irlandés.

—Y hemos visto también que te acercabas a comulgar.

—Bien, ¿y qué?

—Y después te has estado largo rato rezando.

—Bien, ¿y qué?

—¿Pero es posible que tú creas también que Jesucristo está en esas Hostias que decís consagradas? ¿Es posible que tú te puedas imaginar que comes el Cuerpo de Cristo y bebes su Sangre?

O'Connell calló unos momentos, miró de arriba abajo a sus interlocutores y, al fin, les dijo fríamente:

—Contestadme a esta pregunta: ¿Jesucristo es Dios?

—Evidente.

—Luego, ¿Jesucristo puede engañarse?

—No.

—Luego, ¿Jesucristo puede engañarnos?

—No.

Pues entonces —replicó O'Connell— no hay duda duda ninguna: Jesucristo está en la Hostia consagrada, porque El mismo dijo que esto era su Cuerpo. Y tampoco hay ninguna duda de que cuando comulgo recibo el Cuerpo de Cristo, pues el Mismo dijo: «El que come mi Carne y bebe mi Sangre tendrá vida eterna.» Y añadió con entereza: «No me repliquéis, porque a vosotros no os creo. Yo creo que a Jesucristo». (R. Sarabia, Sermones.)

17) San Juan María Vianney, cura D'Ars (1786-1859)

«¡Oh, hijos míos, qué bella será por toda la eternidad un alma que haya recibido a menudo y dignamente a Dios.» (Sermones)

18) Cardenal Newman (1801-1890)

Juan Enrique Newman fue cardenal-diácono, filósofo, literato, adalid del Movimiento Tractoriano y el más ilustre de los ingleses convertidos al catolicismo desde la Reforma Protestante.

Antes de convertirse era pastor conspicuo de la Iglesia Anglicana.

Durante largos años fue estudiando la vida del cristianismo primitivo, y poco a poco fue convenciéndose de que la Iglesia Católica es la única verdadera Iglesia de Cristo. Al fin se decidió a abrazarla. Suya es la famosa frase: «No he pecado nunca contra la luz».

Pocos días antes de su conversión, uno de sus amigos intentó disuadirse del paso que iba a dar:

—¡Piensa bien lo que vas a hacer! Si te haces católico, pierdes tus ingresos considerables, cuatro mil libras al año.

Newman no constestó más que con esto:

—*¿Y qué son cuatro mil libras en comparación de una sola comunión?* (Mauricio Rufino, Valdemécum n.º 1.509.)

19) San Antonio María Claret (1807-1869)

San Antonio María Claret pidió y obtuvo la gracia de que las Especies Sacramentales duraran en su pecho de una a otra comunión, convirtiendo así su corazón en sagrario viviente. Estas son las palabras en su autobiografía: «El día 26 de agosto de 1861, hallándome en oración en la iglesia del Rosario, en La Granja, a las 7 de la tarde, el Señor me concedió la gracia grande de la conservación de las Especies Sacramentales y de tener día y noche el Santísimo Sacramento en el pecho». (San Antonio María Claret, Autobiografía.)

20) Sta. Micaela del Santísimo Sacramento (1809-1865)

«Sí, yo vi, sin que me quede duda, el torrente de gracias que el Señor derrama en el que le recibe con fe y amor; como si derramaran piedras preciosas de todos los colores de virtudes, según que cada uno las necesita y pide al Señor.»

«En la oración de la noche, de pronto me hallé con deseos de recogerme en oración; había en la capilla gente y me hice violencia por temor no se notara que estaba recogida, y creo fue peor; pues involuntariamente, y como atraída por una dulzura interior, como si esto yo lo viera dentro de mí, hallé mi corazón

convertido en un pequeño copón, que contenía muchas formas en figura de corona, y en medio unas que resplandecían más, y entendí ser las que había hecho con mejor preparación.» (Relaciones.)

21) Luis Veuillot (1813-1883)

El célebre periodista francés Luis Veuillot nos cuenta que debió su conversión a un niño pequeño hijo suyo, que se preparaba para hacer la primera comunión.

Aquel pequeñín, antes de genio salvaje, estaba trocado. Una mañana se le acercó para decirle: «Papá, el día de mi primera comunión, no subiré al altar sin haberle pedido perdón por todas las faltas cometidas y por los pesares que le he causado, y usted me dará la bendición». «Hijo mío —le contesté—, un padre perdona siempre a su hijo, pero yo nada tengo que perdonarte; estoy contento de ti...»

Con ojos llenos de lágrimas se echó el niño a su cuello para decirle: «Papá, tengo que pedirte una cosa». Ya sabía el padre lo que le iba a pedir el hijo, y por cobardía le despidió diciendo: «Mira, vete, tengo mucho quehacer; a la noche o a la mañana me lo pedirás».

El niño se retiró entristecido y se fue a rezar ante una imagen de la Virgen. El padre espiaba sus pasos.

No tardó el niño en comparecer ante el padre para decirle: «Lo que voy a pedir no admite dilación, y es que el día de mi primera comunión vendrá usted con mamá y conmigo. Hágalo por Dios, que tanto le ama». El padre no se pudo negar. «Sí, sí —dijo—; lo haré. Hoy mismo me llevarás a tu confesor.» (R. Sarabia, Sermones.)

22) San Juan Bosco (1815-1888)

«No faltará quien diga para excusarse: "Yo no siento fervor ni experimento ningún sentimiento de devoción". A lo que contestaré yo: Para comulgar con fruto no es en ningún modo necesario "sentir" fervor. Sucede con frecuencia que las comuniones hechas con sequedad de alma, por pura obediencia a la ley divina, son más meritorias que las que propocionan grandes consuelos al corazón. Los mas grandes santos, como San Vicente de Paúl, Santa Teresa de Jesús y otros estaban sujetos a las arideces y distracciones de espíritu; y, no obstante, jamás abandonaron por eso las santas prácticas de piedad y mucho menos la comunión.» (Opúsculos.)

23) Merry del Val (1865-1930)

San Pío X llamaba santo a su Secretario de Estado

Merry del Val. Su causa está introducida.

—«La preparación para la comunión ha de ser la caridad; ejercitad la caridad con miras a la comunión. POR LA NOCHE, AL ACOSTAROS, LEED UNOS PARRAFOS DEL LIBRO IV DE LA "IMITACION DE CRISTO", Y OTROS POR LA MAÑANA AL DESPERTAR. En las primeras horas de la mañana no os distraigáis en las cosas, no habléis, no leáis (correspondencia, etc.) antes de la comunión...

El Señor se da a cada uno de nosotros como si sólo El y yo existiéramos en ese momento en el mundo. Pongamos en la comunión el mismo fervor de la primera vez, cuando niños. A lo largo de la jornada hagamos actos de comunión espiritual, para conservar en nosotros la presencia del Señor. Y vivamos de tal modo que cada instante estemos preparados para recibirle en nuestro corazón.

Nuestras comuniones mejores no son aquellas en las cuales nos sentimos invadidos de gran ternura hacia Cristo, sino aquellas en las cuales nos acercamos a El con mayor humildad, contrición y confianza. La mejor manera de prepararse a comulgar no consiste en recitar fórmulas dichas con más o menos atención, consiste en el cumplimiento fiel de nuestros deberes, pensando que al realizarlos preparamos nuestra comunión. De una a otra comunión aceptemos y ofrezcamos a Dios cuantas penas y contrariedades nos alcancen. Jamás presentemos a Jesús nuestro corazón entristecido por la falta de caridad. El viene a nosotros

por amor, sepamos prepararle un corazón lleno de amor.» (José María Javierre, Merry del Val.)

24) Santa Gemma Galgani (1878-1903)

«¡Cuán hermosa es la comunión hecha en compañía de la Celestial Madre!»

«No son iguales todos los días. Hace tres semanas que después de recibir a Jesús me quedo como si no lo hubiese recibido.» (Relaciones)

25) Praxedes Fernández (1886-1936)

Nació Práxedes Fernández en la cuenca minera de Asturias, el 21 de julio de 1886, en el pueblo de Sueros perteneciente al Ayuntamiento de Mieres. Casada en 1914 con un electricista al servicio de la Empresa minera «Hullera Turón, Sociedad Anónima», la más grande de España en aquel tiempo, queda viuda en 1920, con cuatro hijos, el mayor de los cuales cuenta apenas cinco años y el menor sólo tres. Once años después pierde al segundo de sus hijos —peón de una mina— en un accidente ferroviario, como había sucedido con su esposo.

Convencida de que sin la oración y el sacrificio

Dios no bendice el apostolado, se da de lleno a la oración, dedicando a este santo ejercicio dos horas diarias de meditación, aparte de la Misa y el Rosario en familia, logrando la unión con Dios, aun en medio de sus muchos quehaceres domésticos, como ella misma se vio obligada a confesar. Para ella los días sin Misa y sin Comunión «ERAN DIAS SIN SOL».

Ama a los obreros con locura, y no puede permitir que de ellos se hable mal, aun cuando la dinamita que ellos utilizan no estalle en el fondo de la mina, sino en los edificios sagrados y a los pies de «los Cristos de la tierra», como ella llamaba a los sacerdotes. Su respuesta a las recriminaciones será invariablemente la misma: «Ellos son buenos aunque hagan eso. Lo que pasa es que no conocen la religión». Y cuando entrega su alma a Dios en medio de los horrores de la guerra civil en el sitio de Oviedo, el 6 de octubre de 1936, de sus labios moribundos sale este lamento infinito: «Qué lástima que se estén matando, cuando deberían amarse como hermanos».

Su causa de beatifiación está introducida. (Revista *Ecclesia*, sábado 10 de junio de 1972.)

26) Padre Pío de Pietralcina (1887-1968)

En las cartas de dirección anteriores a 1924 que han llegado a mis manos, todos sus consejos y recomendaciones gravitan alrededor de la Eucarístia.

«¡Por nada del mundo deje la comunión de cada día! Desprecie todas las dudas que le asaltan sobre el particulcar. Yo me hago responsable de ellas. Le basta con obedecer, siguiendo el camino que le indiqué. Mientras no se esté seguro de haber cometido una falta grave, no hay por qué renunciar a la comunión.»

¡Qué mal se aviene tal doctrina con su aparente rigorismo! ¿No ha negado repetidas veces la absolución? Ya lo creo que sí... Pero ¿y no lee en las conciencias el riesgo de comuniones indignas o sacrílegas? «Ninguno de cuantos rechaza ha dejado de venir de nuevo», se me ha asegurado. El Padre Pío considera como «la mayor prueba de la Misericordia» el que se conviertan personas que han abusado de los sacramentos.

Una inglesa, de familia muy religiosa, se arrodilla ante su confesonario. El Padre Pío la miró con insistencia y le cerró enojadamente la ventanilla. «No tengo tiempo que perder.»

La mujer se quedó anonadada. Durante veinte días volvió a la carga y cada tentativa fue un nuevo fracaso. En vano intercedieron los dirigidos del Padre Pío para que la atendiese.

Pasaron veinte días. Por fin la recibió con este saludo, que la interesada contó fielmente a sus amigos:

«¡Pobre ciega! En lugar de quejarte de mi severidad, deberías preguntarte cómo la Misericordia se ha dignado mirarte después de tantos años de sacrilegios... Tu alma es un hervidero de pecados. El que comete un

sacrilegio se traga su propia condenación y no puede salvarse sin una gracia especialísima. ¿Cuántas veces te has acercado en pecado mortal al comulgatorio entre tu esposo y tu madre, no más que por salvar las apariencias?».

Una conquista más seguida de un deseo ardiente «de reparación y de poner en guardia a otras almas contra el crimen de sacrilegio», inspiró este punzante testimonio. (María Winowska, *Un estigmatizado de nuestros días*, págs. 167-168. Obra escrita cuando todavía no había muerto el Padre Pío.)

27) Sor Josefa Menéndez (1890-1923)

Durante su vida Sor Josefa recibió muchas confidencias de Nuestro Señor. Aquí pongo algunas:

—«Hoy te diré una de las razones que me indujeron a lavar los pies de mis Apóstoles durante la Cena: fue para mostrar a las almas cuánto deseo que estén limpias y blancas cuando me reciben en el Sacramento de mi amor».

—«En aquel momento, próxima ya la redención del género humano, mi Corazón no podía contener sus ardores y, como era infinito el amor que sentía por los hombres, no quise dejarlos huérfanos.

Para vivir con ellos hasta la consumación de los siglos y demostrarles mi amor, quise ser su alimento, su sostén, su vida, su todo...

¡Oh, cómo quisiera hacer conocer los sentimientos de mi Corazón a todas las almas! ¡Cuánto deseo que se penetren del amor que sentía por ellas cuando, en el Cenáculo, instituí la Eucaristía!

En aquel momento vi a todas las almas que en el transcurso de los siglos habían de alimentarse de mi Cuerpo y de mi Sangre, y los efectos divinos producidos en muchísimas...

¡En cuántas almas esa Sangre inmaculada engendraría la pureza y la virginidad! ¡En cuantas engendraría la llama de amor y del celo! ¡Cuántos mártires de amor se agrupaban en aquella hora ante mis ojos y en mi Corazón! ¡Cuántas almas, después de haber cometido muchos y graves pecados debilitadas por la fuerza de la pasión, vendrían a Mí para su vigor con el Pan de los fuertes!

¡Oh, quién podrá penetrar los sentimientos de mi Corazón en aquellos momentos! ¡Sentimientos de amor, de gozo, de ternura...!».

—«Quiero manifestarte (también) la amargura de que estaba poseído mi Corazón durante la Ultima Cena. Pues si era grande mi alegría en hacerme compañero de los hombres hasta el fin de los siglos y alimento divino de sus almas, y veía cuántas me rendirían homenaje de adoración, de reparación, de amor..., no fue menor la tristeza que me causó el ver cuántas habrían de abandonarme en el Sagrario y cuántas no creeían en la presencia real...

¡En cuántos corazones manchados por el pecado tendrían que entrar... y cómo mi Carne y mi Sangre,

así profanadas, habían de convertirse en causa de condenación para muchas almas!

¡Oh, cómo vi en aquel momento todos los sacrilegios y ultrajes y las tremendas abominaciones que habían de cometerse contra Mí». (Revelaciones.)

28) Margarita Sinclair (1900-1925)

Margarita Sinclair nació en Edimburgo, el año 1900. Pertenecía a una familia pobre, siendo su padre barrendero.

Desde su más tierna edad conoció la dura ley del trabajo, pues tuvo que ayudar a su madre en los quehaceres de casa. A fin de contribuir al presupuesto familiar, hízose más tarde barnizadora en un taller de ebanistería.

Deseando proteger su virtud del influjo malsano del taller, sentía Margarita la necesidad de la Eucarístia, y por nada del mundo renunció a su comunión diaria.

Como no pudiese prolongar largamente a su gusto la acción de gracias después de la comunión, debido a que la hora del taller era harto temprana, abandonaba la iglesia a poco de terminarse la Misa, prometiendo desquitarse el domingo con larga conversación con Dios.

Murió en 1925, y desde esa fecha se le invoca como a santa. Su causa está introducida. (Arami, *Vive tu vida.)*

29) Esteban Gobbi,
fundador del Movimiento Sacerdotal Mariano

«Para amar a Jesús tenéis que correr hacia El, tenéis que quererle tenéis que recibirle en la Comunión.

Pero atended bien: Es necesario recibirle en gracia de Dios. Hoy se difunde en toda la Iglesia esta plaga: Desaparece la confesión individual en todas partes.

Y entonces la Virgen quiere que nos vayamos a confesar con frecuencia.

Y cuando tengáis conciencia de estar en pecado mortal no debéis ir jamás a recibir la comunión. Antes, debéis ir a confesaros, porque si no, cometéis un sacrilegio, un nuevo pecado, insultáis a Jesús en el momento en que se entrega a vosotros.

Hoy muchos van a comulgar como un rebaño, y en gran parte en pecado mortal, y así se multiplican los sacrilegios.

La verdadera Iglesia renovada no nacerá de la verborrea, que tanto se prodiga hoy, charlas y charlas; nacerá de la renovación de la confesión contrita, individual, personal.

Un día Nuestro Señor Jesucristo me hizo ver la Iglesia. Estaba como una leprosa, llena de llagas. Y le dije: No puedo dar crédito a lo que ven mis ojos! Me respondió: Sí, es mi Esposa amadísima, pero ha quedado reducida así por el multiplicarse de las comuniones sacrílegas» (Revista «Sol de Fátima», enero-febrero 1986, pág. 10)

30) Andre Frossard

André Frossard es hijo de L. O. Frossard, periodista y político de la III República francesa, que, a los treinta años, fue el primer secretario general del partido comunista de su país. Su abuela patena era judía, y su pueblo, «el único de Francia donde había sinagoga, pero no iglesia». Del lado materno, sus abuelos eran de origen protestante; pero toda la famolia era socialista.

Educado en un ateísmo absoluto, «aquel en que la existencia de Dios ni siquiera se plantea», André Frossard nos cuenta cómo, a los veinte años, encontró bruscamente la verdad cristina, «en una dulce y silenciosa explosión de luz», cuando entró para buscar a un amigo en una capilla de París, donde estaba expuesto el Santísimo Sacramento.

«Un sacerdote del Espíritu Santo se hizo cargo de prepararme para el bautismo instruyéndome en la religión, de la que no he de precisar decir más sino que nada sabía. Lo que me dijo de la doctrina cristiana, lo esperaba y lo recibí con alegría; la enseñanza de la Iglesia era cierta hasta la última coma y yo tomaba parte en cada línea con un redoble de clamaciones, como se saluda una diana en el blanco. Una sola cosa me sorprendió: la Eucaristía, y no es que me pareciese increíble; pero me maravilla que la caridad divina hubiese encontrado ese medio inaudito de comunicarse y, sobre todo, que hubiese escogido para hacerlo el pan, que es alimento del pobre y alimento preferio

de los niños. De todos los dones esparcidos ante mí por el cristianismo, ese ra el más hermoso.» (André Frossard, Dios existe, yo me lo encontré.)

31) Mons. Tihamer toth

«En una comunión bien hecha recibimos tal abundancia de gracias que nos bastaría para llegar a ser santos. En una comunión BIEN hecha... ¿De modo que no siempre comulgamos BIEN? Claro que no. Lo afirma San Agustín. Así escribe, refiriéndose a San Lorenzo: «Cristo vivía en Lorenzo. Y permaneció en él en la prueba, en el interrogatorio cruel, en medio de las más espantosas amenazas, hasta la muerte; y esto es poco aún: permaneció hasta las inhumanas torturas, quia BENE manducaverat et BENE biberat' (Tract. 27, 12 in Jn.) porque había recibido con las debidas disposiciones el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo. La Sagrada Comunión fue para él fuerza y vida".

Para PODER comulgar es suficiente que nuestra alma éste exenta de pecado mortal. Mas no basta para que la Comunión sea FRUCTUOSA. Para ello se necesita una buena preparación y un sentido hacimiento de gracias.» (Mons. Tihamer Toth, Eucaristía.)

Epílogo

Me parece que estoy oyendo decir: desearía algo para prepararme a la comunión y para dar gracias.

Mi respuesta: el tiempo después de comulgar es el más grande del día: Jesucristo sacramentado está en ti.

Ten el firme propósito de no perder lastimosamente ese tiempo divino, del cual, por otra parte, tendrás que dar cuenta (Lc. 19, 11-28), con esta idea clara en tu mente y con este propósito en tu corazón, todos los métodos y reglas fijas sobran.

Pero para no decepcionarte pondré alguna sugerencia:

Antes de Comulgar

Pídeles a la Virgen y al Espíritu Santo que te aumenten la pureeza de corazón (Mt. 5, 8 y te lo limpien especialmente de faltas contra el prójimo (Mt. 16, 13-17), la humildad (Mt. 11, 25-27) y el amor (Jn. 21, 15-17).

Después de Comulgar

—Primera sugerencia:

a) Agradece (Lc. 17, 11-19).
b) Pide (Lc. 11, 1-13).
c) Promete en cada comunión algún sacrificio, algo que te cueste; sé generoso en ofrecer y valiente en cumplir (Fil. 3, 8-9, 13).

— Segunda sugerencia:

a) Agradece (Lc. 17, 11-19)

b) Dialoga (Jn. 4, 1-54).

c) Promete en cada comunión algún sacrificio, algo que te cueste; sé generoso en ofrecer y valiente en cumplir. (Fi. 3, 8-9, 13).

— Tercera sugerencia:

a) Agredece (Lc. 17, 11-19).

b) Lee un capítulo del Evangelio (Mc. 9, 7).

c) Promete en cada comunión algún sacrificio, algo que te cueste; sé generoso en ofrecer y valiente en cumplir. (Fil. 3, 8-9, 13).

— Cuarta sugerencia:

a) Agradece Lc. 17, 11-19).

b) Recita despacio y muchas veces estas dos oraciones:

«Alma de Cristo, santifícanos.
Cuerpo de Cristo, sálvanos.
Sangre de Cristo, embriáganos.
Agua del costado de Cristo, lávanos.
Pasión de Cristo, confórtanos.
Oh buen Jesús, óyenos.

Dentro de tus llagas, escóndenos,
y no permitas que nos apartemos de Ti.
Del maligno enemigo, defiéndenos.
En la hora de nuestra muerte, llámanos, y mándanos ir a Ti,

para que con tus santos te alabemos
por los siglos de los siglos. Amén».
(Oración de autor desconocido, siglo XIV.)

JESUS
Tú el todo, yo la nada;
Tú la santidad, yo la miseria y el pecado;
Tú la bondad, yo me confío a Ti;
Tú el poder, yo todo lo puedo contigo.
JESUS,
Que para mí, mi vivir seas Tú;
que los que me vean, Te vean;
que siempre coopere a formar-Te
en los demás, nunca a de-formar-Te.

c) Promete en cada comunión algún sacrificio, algo que te cueste; sé generoso en ofrecer y valiente en cumplir. (Fil, 3, 8-9, 13).

III. PARTE

EL SAGRARIO
A LA LUZ DE LOS PAPAS

INTRODUCCION

D. MARCELO GONZALES MARTIN

Hoy día no pocos lanzan la objeción de que los primeros cristianos no hacían visitas al Santísimo por no haber SAGRARIOS en aquel tiempo. El Cardenal-Arzobispo de Toledo, Primado de España, Don Marcelo González Martín les da una adecuada respuesta. Que ella sirva de introducción a esta III parte, que pretende, siguiendo el Magisterio indefectivle de los Papas, poner de relieve la autenticidad y el valor insustituible del culto a Jesucristo en el SAGRARIO.

«El hecho de que en los primeros siglos de la Iglesia no se practicaron formas de adoración ecuarística como las que hemos conocido más tarde, no obliga a modificar nuestros planteamientos actuales en cuanto a lo fundamental de la adoración a la Ecuaristía.

También, ahora como entonces, reservamos la sagrada Eucarístia para poder llevarla a los enfermos; y además nos detenemos ante nuestros SAGRARIOS para adorarla. También entonces como ahora, la reservaban para llevarla a los enfermos, a los presos, a los expuestos al martirio; y al llevarla y recibirla lo hacían con respeto, con gratitud, con fe, con amor, es

decir, con adoración. ¿Qué más da adorar a Cristo, expuesto en el viril de una custodia, o ir adorándole por el camino en medio de un bosque de paganas indiferencias o de persecuciones hostiles...?

Lo que nos correspone es estar agradecidos a la normal expansión de la vida de la Iglesia, que en un determinado tiempo de la historia, llega a manifestar con más claridad que hasta entonces, aspectos del culto ecuarístico antes poco explicitado, como son estos de la adoración en sus diversas formas: pública o privada, con más o menos solemnidad, con cantos y alabanzas, de noche o de día.

Hagamos bien la adoración, pero hagámosla, y bendita sea la hora en que la Iglesia, reflexionando sobre las riquezas que lleva dentro de sí misma, acierta a dar cauce de expresión a las adoraciones ecuarísticas que antes existían como silenciosa posesión de la conciencia».

(En el Congreso Eucarístico de Valencia, 27 5-1972).

Pio XII (1939-1958)

El celo de Pio XII se alimentaba de una vida interior activa e intensa, cultivada constantemente con la oración, que culminó en él en una unión íntima y continua con Cristo, que se mantenía cada día más firme e inconmovible en medio de las variadas y agobiadoras faenas del pontificado.

Ante el Santísimo Sacramento solía permanecer mucho tiempo en recogida y fervorosa súplica.

1) Que hace Jesucristo en el Sagrario

Bien sabia El (Jesucristo) que el mundo —«in maligno positus» (en un estado de maldad) aún después de consumada la Redención— continuaría sumergido en un diluvio de iniqudades. Por eso ahí le tenéis, A TODAS LAS HORAS DEL DIA Y DE LA NOCHE, Víctima Santa en millares de altares como en otros tantos calvarios, inmolándose en holocausto de adoración y expiación a la santidad y a la justicia eterna...

Es allí, en la contemplación del Modelo Perfecto de toda santidad y en su misterioso contacto, donde se aprenden las virtudes que forman el verdadero cristiano y se toman las energías para practicarlas.

(Al Congreso Ecuarístico del Brasil, 1948).

2) El Corazón de Cristo y el Sagrario

Amad al Corazón Sacratísimo de Jesús, y os sentiréis movidos necesariamente a buscarlo donde está, que es en la Eucaristía!

Postraos ante el Dios de los TABERNACULOS y os sentiréis forzosamente heridos por aquellos dardos que os arrastrarán al Corazón divino para restituirle amor por amor.

¿Hubo acaso algún enamorado del Corazón Sacratísimo que no lo fuera de la Eucaristía?

O mejor dicho, ¿no fue precisamente en el Sacramento del Altar donde encendieron sus ansias y saciaron sus anhelos todos los apóstoles del Corazón divino?

(Al II Congreso Eucarístico Nacional de Ecuador, 19-61-1949).

3) El Sagrario, la Virgen y los obreros

Cuando, siendo joven, San Antonio María Claret se iniciaba en el arte textil para obedecr la voluntad de su padre, aventajó de tal modo en el ejemplo de la virtud cristiana a los restantes obreros de la fábrica, que movía la admiración de todos; y apenas podía quedar libre del trabajo fabril y descansar de él, corría a la iglesia, y allí, junto al altar del Santísimo Sacramento o ante una imagen de la Virgen Madre de Dios, pasaba horas dulcísimas orando y contemplando.

Porque la Divina Providencia había previsto que antes que ascendiera a más altas empresas diera también a los obreros preclaros ejemplos de honradez y santidad que imitaran.

(En el canonización de San Antonio Maria Claret, 8-9-1950)

4) El Sagradio, la Virgen y los seminaristas

Esta (la castidad) y todas las demás virtudes sacerdotales podrán adquirirse fácilmente y tenezamente poseerse por los seminaristas si desde la primera edad han aprendido y cultivado una sincera y tierna devoción a Jesús, presente «Verdadera, Real y Sustancialmente» entre nosotros en el Sacramento de su amor, si han hecho de Jesús Sacramentado el móvil y el fin de todas sus acciones, de sus aspiraciones y de sus sacrificios.

Y si a la devoción a Jesús Sacramentado unen una devoción filial a María, que esté llena de confianza y de abandono en Ella y que lleve al alma a la imitación de sus virtudes, entonces la Iglesia se alegrará porque no podrá faltar nunca el fruto del un ministerio ardiente y celoso en un sacerdote cuya adolescencia se ha nutrido en el amor a Jesús y a María.

(Exhortación al clero del mundo, 23-9-1950).

5) Junto a la liturgia eucarística hay que juntar la devoción al sagrario

En la presente coyuntura, grave por muchos títulos, exhortamos a la juventud, a las familias, a las parroquias, a los institutos religiosos y a los movimientos de Acción Católica a meditar ante la Hostia Santa sobre el deber, más imperioso que nunca, de instaurar todo en Cristo.

Sobre los altares de vuestras ciudades y aldeas, Cristo está presente como manantial de salvación, fuente de gracias, fermento de nuestra unidad y de nuestra paz. Id a El; vivid su vida; fundad sobre El la obra de vuestra santificación y el aliento de vuestro apostolado; cimentad sobre El la ciudad cristiana: «No hay bajo el cielo otro nombre dado a los hombres por el cual dabamos salvarnos» (He. 4, 12).

Nos dirigimos paternalmente de una manera especial, a los sacerdotes, que tenéis la misión de conducir y nutrir al pueblo de Dios. Este sacerdocio, que vosotros habéis recibido durante el Sacrificio de la Misa y que tiende a multiplicar este a través de tiempo y del espacio, ¿no os constituye, con un título eminente, como hombres de la Eucaristía?

Conocemos, queridos hijos, y apreciamos el celo que os anima por una viviente celebración de la Liturgia, a la que vuestros fieles procuran asociarse con inteligencia y piedad. Juntad a esto siempre la práctica de un culto esclarecido y ferviente para con la divina

presencia de Jesús en los SAGRARIOS de vuestras iglesias.

Nada podrá reemplazar en una vida sacerdotal a la plegaria silenciosa y prolongada a los pies del Santísimo Sacramento, y el ejemplo admirable del santo Cura de Ars conserva hoy todo su valor.

¿No ha sido por otra parte, ante el altar, en adoración de Nuestro Señor, donde se han forjado, a lo largo de los siglos, las energías misonieras de los más valerosos apóstoles de vuestra patria?

(Mensaje al XVI Congreso Eucarístico Nacional de Francia, 25-6-1956).

6) Que no falten sacerdotes para que no falten sagrarios

Recorred vuestras ciudades, las grandes y las pequeñas; salid a los campos por las pistas modernas o por los viejos senderos; subid a las montañas más altas, bajad a las playas más remotas, perdeos en los valles más sombríos, ¿no es verdad que en todas partes os parece hallar una ventana abierta al cielo, un rinconcito para descansar en paz, una fuente para refrigeraros al descubrir la torre inhiesta o la humilde espadaña que os anuncian la presencia de un SAGRARIO?

Que no lleguen a faltar nunca en medio de vosotros y, para ello, que no escaseen las manos consagradas, que lo han de cuidar, que lo han de abrir y cerrar, que

han de administrar en puro provecho vuestro este tesoro divino, en cuya comparación nada valen todas las demás riquezas y maravillas de la tierra...

Llama, oh Señor, al sacerdocio, desde esa Eucaristía, a muchos hijos de esos pueblos amadísimos, para que, en medio de ellos, sean misioneros de tu palabra, de tu perdón, y de tu Cuerpo sacramentado, y así no les llegue a faltar nunca ese SAGRARIO, donde Tú velas de noche y de día, para hacerles felices primero en esta vida y luego en la eternidad.

(Radiomensaje al II Congreso, Eucarístico Boliviano, 16-12-1956). Hasta aquí es de Pío XII.

7) Primer intervalo: tres ejemplos

Santa Margarita María Alacoque (1647-1698).

Jesucristo eleigió a Santa Margarita para revelarle las confidencias de su Corazón. La más famosa de todas las revelaciones fue aquella en que le dijo: «Yo te prometo en la excesiva misericordia de mi Corazón, que mi amor omnipotente concederá a todos aquellos que comulguen nueve primeros viernes de mes seguidos, la gracia de la penitencia final; que no morirán en mi desgracia, ni sin recibir los sacramentos, sirviéndoles mi Corazón de asilo seguro en aquella última hora». A esto se le ha llamado «La Gran Promesa».

Santa Margarita tuvo que sufrir muchísimo durante su vida, especialmente acerca de las gracias extraordinarias que Jesucristo le concedía. Nadie

daba crédito a sus revelaciones. Fue incomprendida hasta que llegó el Beato Claudio de la Colombiére, que le ayudó muchísimo como confesor suyo. Después de cierto tiempo el Beato fue destinado por sus superiores a Londres. Santa Margarita fue a quejarse a su Divino Esposo en el SAGRARIO: «¿Qué será de mí? ¿Quién me comprenderá? ¿Quién me ayudará?». Y oyó una voz que desde dentro le decía: «¿No soy Yo suficiente para ti?».

(Vida de la Santa).

Herman Cohén (1820-1870).

Herman Cohén, judio convertido, ingresó en la Orden Carmelita, con el nombre de Agustín María del Santísimo Sacramento. Un biógrafo, Carlos Sylvain, le llama el Apóstol de la Eucaristía. Y con razón. Recien neófilo aún, fundó la Adoración Nocturna, obra extendida por todo el mundo.

Suya es la siguiente anécdota. En 1859 fue a Wilbad para corresponder al último llamamiento de su padre, que no llegó a convertirse del judaismo, antes bien desheredó a Herman por su conversión. Una vez allí preguntó al cura del lugar por el sitio en que conservaba la Eucaristía. El pobre cura le condujo tristemente a una casa vecina, le hizo subir el tercer piso, y allí, dentro de un armario vulgar, le descubrió el copón que encerraba el Cuerpo de Jesucristo. Al ver esto, las lágrimas se escaparon en abundancia de los ojos del religioso, se arrodilló y así pasó varias horas llorando y orando, sin que se le pudiese consolar ni hacerle dejar aquel lugar, para él más grande que

todos los palacios de la tierra. Forzado al fin a desprenderse de su amorosa contemplación, se enteró por el cura, que la pobreza de los católicos no les permitía levantar un altar a su Dios. Al marcharse de Wilbadel P. Agustín prometió recoger limosnas para elevar un templo donde Cristo pudiese estar en el SAGRARIO. Poco tiempo después cumplía su promesa.

(Vida del P. Agustín del Santísimo Sacramento).

Un cursillista.

Uno de los días al volver del trabajo, mi suegra estaba riñendo a mis dos chavales pequeños por no sé qué travesura que le habían hecho. En ese momento los cogí, me los llevé a la iglesia, los hice arrodillar conmigo junto al Santísimo y les hice decir conmigo: «Señor, te prometo no hacer más lo que hemos hecho a la abuela». Terminadas estas palabras, rezamos los tres juntos un Padre Nuestro y un Ave María, y los dos chavales empezaron a llorar. Nos marchamos de la iglesia, y por la calle seguían llorando. Yo creo que el castigo no ha sido tan duro para que lloréis». Y me contestó: «Yo lloro de ver orar a Vd.» «¿Y tú, pequeño?», le pregunté al otro. Y me dice: «Lloro por lo mismo que mi hermano».

(Valentín Galindo, Alforjas de peregrinos).

8) Juan XXIII (1958-1963)

Cuando seminarista:

Todos los días... VISITAR AL SANTISIMO SACRAMENTO, así como alguna iglesia o capilla dedicada a la Santísima Virgen, al menos una vez (Diario del alma, p. 58).

Cuando obispo:

Debo y quiero ser, cada vez más hombre de intensa oración. Este año pasado he registrado mejoría en tal sentido. Proseguiré con ahinco y fervor, concediendo una importancia y un cuidado mayor a mis prácticas: santa Misa, Breviario, lectura de la Biblia, Meditación, Examen de conciencia, Rosario, VISITA AL SANTISIMO SAGRAMENTO. CONSERVO A JESUS EUCARISTIA CONMIGO, Y ES MI GOZO. QUE EL ENCUENTRE EN MI CASA, EN MI VIDA, MOTIVO DE DIVINA COMPLACENCIA (Id. p. 285).

9) El ejemplo de un sacerdote santo

Todos conocen las largas noches de adoración que cuando era joven cura de una aldea, entonces poco cristiana, pasaba ante el Santísimo Sacramento San Juan María Vianney.

El SAGRARIO de su iglesia se convirtió pronto en el fuego de su vida personal y de su apostolado, hasta el punto de que no se podría recordar mejor la parroquia de Ars, en tiempos del santo, que con esta expresión de Pio XII sobre la parroquia cristiana: «El cen-

tro es la iglesia, y en la iglesia el SAGRARIO con el Confesonario al lado; donde encuentran de nuevo la vida las almas muertas y las enfermas recobran la salud».

A los sacerdotes de este siglo, fácilmente sensibles a la eficacia de la acción y fácilmente tentados también por un activismo peligroso, cuán saludable es este modelo de oración asidua en una vida, enteramente consagrada a las necesidades de las almas!...

La oración del Cura de Ars... era, sobre todo una oración eucarística. Su devoción a Nuestro Señor, presente en el Santísimo Sacramento del Altar, era realmente extraordinaria: «Está allí —decía— Aquel que nos ama tanto; ¿por qué no le hemos de amar nosotros igual?». Y, ciertamente, él le amaba y se sentía irresistiblemente atraido hacia el SAGRARIO: «No es necesario hablar mucho para orar bien —explicaba a sus paisanos—. Se sabe que el buen Dios está allí en el SAGRARIO; se le abre el corazón. Nos alegramos de su presencia. Y esta el la mejor oración».

En toda ocasión, él inculcaba a los fieles el respeto y el amor de la divina presencia Eucarística, y él mismo daba ejemplo de esta profunda piedad: «Para convencerse de ello —refieren los testigos—, bastaba verle celebrar la Santa Misa y hacer la genuflexión cuando pasaba ante el SAGRARIO.

«El ejemplo admirable del santo Cura de Ars conserva también hoy todo su valor» atestigua Pio XII. Nada puede sustituir en la vida de un sacerdote a la oración silenciosa y prolongada ante el Altar. La ado-

ración de Jesús, nuestro Dios, la acción de gracias, la reparación por nuestras culpas y por las de los hombres, la súplica por tantas intenciones que le están recomendadas, se conjugan para elevar a este sacerdote a un mayor amor hacia el divino Maestro, el cual ha prometido fidelidad, y por los hombres, que esperan su ministerio sacerdotal.

Con la práctica de tal culto, iluminado y fervoroso, hacia la Eucaristía, se acrecienta la vida espiritual del sacerdote y se preparan las energías misioneras de los apóstoles más valerosos.

Es preciso añadir el beneficio que de ello deriva para los fieles, al recibir los testimonios de esta verdad de sus sacerdotes y la atracción de su ejemplo. «Si queréis que los fieles oren gustosos y con piedad —decía Pio XII al clero de Roma—, precededlos en la iglesia con el ejemplo haciendo oración ante ellos. Un sacerdote de rodillas ante el SAGRARIO, en digna compostura, en profundo recogimiento, es modelo de edificación, una advertencia y una invitación a la plegaria para el pueblo».

Esta fue el arma apostólica del joven Cura de Ars; no dudamos de su valor en cualquier circuntancia.

(Encíclica «Sacerdotii Nostri Primordia», 1-8-1959).

10) El sagrario escuela para los casados

Un tono nuevo adquieren las relaciones humanas

para quien posee a Dios, porque la Eucarítia, al engendrar y alimentar el amor verdadero, endulza los ánimos, frena los deseos, calma las trubaciones del espíritu e impulsa eficazmente a las buenas obras, a la justicia, a la misericordia.

Cristo en el Sacremento del Altar es verdaderamente, y más que en ninguna otra manifestación suya, Dios con nosotros. Es amor que se dona, y por eso en él se puede realizar entre los esposos la más alta fusión espiritual; es amor que se sacrifica, y por ello santifica y transforma los sacrificios propios del matrimonio, dando estabilidad a la convivencia familiar.

¡Qué magnífica escuela de virtudes para los miembros del hogar es un SAGRARIO!

(Mensaje al Congreso Eucarístico Centroamericano, 15-2-1959).

11) El termómetro del fervor espiritual

Magnífica en verdad, es la riqueza de los templos dedicados en todo el mundo a la gloria del Señor. Especialmente imponente el culto eucarístico, que penetra tan dulcemente en los corazones. Pero lo que más cuenta en el servicio a la buena comunidad cristiana, y que es como el termómetro de verdadero fervor espiritual, es el amor a Jesús en su Sacramento, la familiaridad con el SAGRARIO.

(En la procesión del Corpus, 28-5-1959).

12) La visita al Santísimo Sacramento

Una nota especialísima caracteriza vuestro Congreso de hoy: sus organizadores han querido que fuera precedido de una peregrinación a Ars, como para colocarlo bajo la protección particular de San Juan María Vianney...

Permitid os confiemos una sugerencia. Un Congreso Eucarístico es, en definitiva —aparte la celebración solemnísima de la santa Misa y la Comunión General de los diferentes grupos de fieles—, una larga y ferviente «visita al Santísimo Sacramento».

Porque, lo habréis observado lo mismo que nosotros, esta notable práctica de la vida cristiana, tan querida de las almas piadosas, que consiste en recogerse en silencio al pie del SAGRARIO para allí llenar su alma de los dones de Dios, es hoy día demasiado olvidada. A algunos incluso, guiados por concesiones extrañas a la piedad tradicional, esta práctica les parece deliberadamente objeto de menor estima.

Quisiéramos que todos los congresistas de Lyón volvieran a sus hogares persuadidos de la excelencia de esta práctica de hacerla apreciar y amar de cuantos los rodean.

Que os baste pensar en las largas horas que San Juan María Vianney pasaba al fin de su vida pastoral, solo en su iglesia, ante el Santísimo Sacramento, en las efusiones de fe y de amor de esta gran alma a los pies de su Maestro; en los maravillosos frutos que

sacó para sí y para tantos otros de estas ardientes plegarias eucarísticas.

No hay duda de que un raudal de gracias descedería sobre vuestras familias y sobre vuestro país si, esclarecidas y sostenidas por el ejemplo de sus pastores, almas cada día más numerosas se propusieran imitar en este punto al santo Cura de Ars.

(Al XVIII Congreso Eucarístico de Lyón, 5 Julio 1959).

13) Cuanto bien hacen al espíritu las visitas

¿Cómo no recordar las «Visitas al SS. Sacramento»? Aun en los más ardientes ímpetus de la piedad moderna, este homenaje a Jesús, este estarse un poco en su compañía, sufre un retroceso.

Incluso entre las almas de más piedad se oye repetir en ocasiones: la vida es tan intensa que no tenemos posibilidad de dialogar un rato con el Señor. A veces, aun los sacerdotes encuentran que ya el rezo del Breviario requiere bastante tiempo.

Y sin embargo, cuánto bien hace al espíritu refugiarse en las fervorosas invocaciones de S. Alfonso de Ligorio, para la visita al Santísimo (1).

(Alocución del 1-3-1960).

---

(1) En el año 1745 S. Alfonso de Ligorio publicó su famosísimo librito: «Visitas al SS. Sacramento y a María Santísima para todos los días

14) La pequeña lámpara del altar

La Eucaristía es siempre nuestro pastor —Pastor noster—, que ya no sufre, pero que está oculto a nuestros ojos y, en ocasiones, olvidado aun por aquéllos que, sin embargo, creen en su presencia real.

Es siempre la fuente del agua viva —fons aquae viave—, de donde brotan tesoros de gracias, accesibles a todos; la fuente donde cada uno puede lograr la fuerza para remontar las dificultades cotidianas, el valor de profesar libremente su fe, la generosidad en la práctica del amor y del servicio a los hermanos.

Allí, por el contrario, donde los hombres se alejan de Cristo, cuando el fervor eucarístico se atenúa o se apaga, es muy difícil quer los hombres se comprendan, el amor se enfría, el pecado invade los espíritus y los corazones.

Es la triste realidad de la historia, la repetición de lo que acontece —la liturgia nos lo recordaba ayer— a la muerte de Jesús: el sol se oscurece y fue la tierra cubierta por las tinieblas: «Tenebrae factae sunt super

---

del mes». Sus ediciones llegan al asombroso número de 2.100. — Con todo, si a ti no te van, puedes: O rezar otras oraciones. O hablar y desahogarte con El, con tal de que también a El le dejes que te diga algo. O leer algún libro, por ejemplo, un capítulo del Evangelio. O ir pensando y actualizando con Cristo los cuatro fines de la Misa: adoración, acción de gracias, expiación de los pecados, impetración de gracias. O repetir despacio el nombre de Jesús. O sencillamente, estar con El sin decirle nada, pero amándole, según aquello de S. Juan de la Cruz: «olvido de lo creado, memoria del Creador, atención al interior, y estarse amando al Amado». Pide a la Virgen que te enseñe a tratar con Su Hijo: Ella te escuchará.

universam terram dum crucifixissent Jesum» (Cfr. Off. Teneb. Feria VI in Parasceve, II, noct. 2 Resp.).

Queridos hijos, a vosotros corresponde, a vuestro hermoso movimiento, el impedir, por su parte, que las tinieblas cubran la tierra: vosotros sois la pequeña lámpara que brilla delante del altar, recordando a los distraidos, a los desengañados, a los perdidos, la verdad grande y consolada de la presencia de Cristo en la Iglesia y en el mundo: de Cristo todo entero, su Cuerpo, su Sangre, su Alma y su Divinidad, alimento espiritual de nuestras almas y de nuestros cuerpos, compañero seguro de nuestro caminar, prenda de la gloria que nos espera en el cielo.

Reconfortados por la presencia de Cristo, no tenemos nada que temer; enseñados por El, nada permanece oscuro; guiados por El —aunque sea por senderos escarpados—, ningún peligro habrá de caer en el abismo.

(A la peregrinación del «Movimiento Eucarístico de Francia», 16-4-1960). Hasta aquí es de Juan XXIII.

15) Segundo intervalo: Carlos Carreto

La actualidad de la oración ante el Santísimo la pone de manifiesto Carlos Carreto en una incomparable página de sus obras.

«He comprendido una cosa a través de la experien-

cia; que no es la virtud la que crea la oración, sino la oración la que engendra la virtud.

La cosa es digna de saberse, porque generalmente nos sentimos inclinados a hacer el camino al revés. Es decir, creemos que los resultados dependen de nuestros esfuerzos, siendo así que dependen mucho más de nuestra oración prolongada, paciente, tenaz.

Si viene a mi celda una pereja de esposos a decirme que atraviesan momentos difíciles, que no se aman como antes, que a veces disputan, yo no vacilo en decirles: orad mucho, mejorad vuestras relaciones con Dios, y veréis que se facilita vuestra relación mutua.

Si viene a mí un joven para decirme que su voluntad es un andrajo y que se siente humillado por las derrotas morales, yo me esfuerzo en convencerlo que no se fíe demasiado en la gimnasia, del yoga, o de las consideraciones humanas, sino de la gracia, de la presencia de Dios, de la Eucaristía y, sobre todo, del fruto de pasar alguna hora diaria en oración humilde, paciente y, en cuanto sea posible, despojada de sentimentalismos o de fantasías humanas.

En los casos graves de toxicómanos, invertidos, drogados, alcohólicos etc., he llegado a tener tanta fe en la fuerza de la gracia y en el poder transformador de la oración, que les digo con firmeza: ten fe; si quieres sanar, haz LA CURA DEL SOL.

Sí, Jesús es el Sol Divino que bajó a devolver la salud a la tierra con el poder sobrenatural de la Eucaristía.

SI QUIERES SANAR, PONTE DIARIA-

MENTE DURANTE UN AÑO UNA HORA EN ORACION, EN UNA CAPILLA SOLITARIA, MEJOR DELANTE DEL SANTISIMO EXPUESTO Y QUEDATE ALLI EN ACTITUD DE POBRE REPITIENDO LENTAMENTE: «JESUS, TEN MISERICORDIA DE MI, PECADOR».

Hazte guiar por un buen sacerdote. Aprovecha ese tiempo para estudiar la Biblia y la Liturgia; pero sobre todo PONTE AL SOL; deja que la vecindad de Cristo te penetre dentro, allí donde anida la podredumbre, donde está la llaga.

Normalmente, las curaciones han ocurrido antes del tiempo previsto.

Alguno tal vez sonría, cosa natural para quien desconoce el poder de Cristo; pero yo os aseguro que la dificultad en realizar esos milagros de curación no depende del poder del Jesús que es soberano, sino que depende casi siempre de la falta de fe en la curación, o incluso de no dejarse curar».

(Más allá de las cosas).

16) Pablo VI (1963-1978)

El 4 de enero de 1964 Pablo VI llegaba a Tierra Santa. En Jerusalén visitó el Cenáculo, y allí, sin ningún respeto humano, el Papa se hincó de rodillas, ante la admiración de sus acompañantes, y oró intensamente en el lugar donde Jesucristo instituyó la

Eucaristía. Su estampa de aquella ocasión ha recorrido el mundo entero, enseñando a los que quieren aprender, el amor a Jesús sacramentado. Pablo VI pasa largos ratos antes el SAGRARIO, volcando ante el Señor su corazón lleno de solicitud por la Iglesia.

17) Siempre adoradores de Cristo en el Sagrario

Finalmente queremos recoger otra lección de vuestro magnífico Congreso Eucarístico: el culto al Santísimo Sacramento en torno a la Presencia Real, es un tesoro que no podemos dejar pasar como flor que hubiera llegado ya a su otoño.

La sensibilidad del pueblo cristiano que gusta de la grandiosidad de los Congresos Eucarísticos Internacionales y se recrea con el humilde saludo popular: «Alabado sea el Santísimo Sacramento»; esas velas de adoradores nocturnos ante la Custodia, tantas capillas o iglesias que, teniendo al Señor de manifiesto, invitan al coloquio personal; las visitas al Santísimo que dan calor espiritual a la jornada; la belleza de las procesiones del Corpus; todas estas son cosas de tanta tradición en la Iglesia, de tanta eficacia santificadora que, aunque susceptible de adaptación, nunca se habrá de renunciar a ellas...

Si en el espíritu del Concilio está el atraer de nuevo más y más al pueblo a un culto eucarístico mayormente centrado en la Misa, más penetrado de profundo sentido pascual, más orientado hacia la pleni-

tud de su significación misteriosa de prolongación del Sacrificio de la Cruz, no por eso el culto de adoración ha de dejar de ser tan vivo, tan operante como antes. La Palabra, el Verbo mismo hecho carne, que reside en el SAGRARIO, merece un culto que es cumbre, completándolo, de aquel con que se venera y se acoje la palabra contenida en los libros sagrados.

Cristo personalmente presente junto a la luz vacilante de la lámpara solitaria sigue exigiendo una respuesta personal invitando al diálogo a los que le adoran con fe.

(Al VII Congreso Ecuarístico del Perú, 1-9-65).

18) No omitir la visita al Santísimo

Durante el día, los fieles no omitan el hacer la visita al Santísimo Sacramento, que debe estar reservado en un sitio dignisimo con el máximo honor en las iglesias, conforme a las leyes litúrgicas, puesto que la visita es prueba de gratitud, signo de amor y deber de adoración a Cristo Nuestro Señor, allí presente.

Todos saben que la Divina Eucarística confiere al pueblo cristiano una incomparable dignidad. Ya que no sólo mientras se ofrece el Sacrificio y se realiza el Sacramento, sino también después, mientras la Eucaristía es reservada en las iglesias y oratorios, Cristo es verdaderamente el Emmanuel, es decir, «Dios con nosotros». Pues día y noche está en medio de nos-

otros, habita con nosotros lleno de gracia y de verdad (Jn. 1, 14): ordena las costumbres, alimenta las virtudes, consuela a los afligidos, fortalece a los débiles, incita a su imitación a todos los que se acercan a El, a fin de que con su ejemplo aprendan a ser mansos y humildes de corazón, y a buscar no las cosas propias, sino las de Dios.

Cualquiera, pues, que se dirige al Augusto Sacramento Eucarístico con particular devoción y se esfuerza en amar a su vez con prontitud y generosidad a Cristo que nos ama infinitamente, experimenta y comprende a fondo, no sin grande gozo y aprovechamiento del espíritu, cuán preciosa sea la vida escondida con Cristo en Dios (Col. 3, 3) y cuánto valga entablar conversaciones con Cristo: no hay cosa más suave que esta, nada más eficaz para recorrer el camino de la santidad.

Os es bien conocido, además, venerables hermanos, que la Eucaristía es conservada en los templos y oratorios como el centro espiritual de la comunidad religiosa y parroquial, más aún, de la Iglesia universal y de toda la humanidad, puesto que bajo el velo de las sagradas especies contiene a Cristo, Cabeza visible de la Iglesia, Redentor del mundo, centro de todos los corazones, «por quien son todas las cosas y nosotros por El» (1 Cor. 8, 6).

(Encíclica «Mysterium Fidei», 12-9-1965).

19) Misa y sagrario

Ojalá el Año Eucarístico, cuyo broche de oro quiere ser este Congreso, deje en vuestras almas un mayor aprecio de la participación consciente en la santa Misa para vivir en consecuencia el sacerdocio que compete al pueblo de Dios.

De estas solemnidades salga también vuestra fe en este misterio robustecida y aumentada la estima de la Presencia Real y Sustancial de Cristo en la Eucaristía. Felices vuestras ciudades y aldeas, felices vosotros y vuestros descendientes si nunca se apaga en vuestros templos la llama trémula que señala el SAGRARIO. Bienaventurados vosotros si sabéis interpretar su mensaje y captar su voz que os dice: Ahí está Cristo.

(Al IV Congreso Eucarístico del Eucador, 1-6-1967).

20) Creemos

Creemos que del mismo modo que el pan y el vino consagrados por el Señor en la última Cena se convirtieron en su Cuerpo y en su Sangre, que iban a ser ofrecidos por nosotros en la Cruz, así también el pan y el vino consagrados por el sacerdote se convierten en el Cuerpo y en la Sangre de Cristo glorioso, y reinante en el cielo, y creemos que la misteriosa presencia del Señor, bajo lo que sigue apareciendo a nuestros senti-

dos igual que antes, es una presencia verdadera, real y sustancial...

Y sigue presente, después del Sacrificio, en el Santísimo Sacramento que está en el SAGRARIO, CORAZON VIVIENTE DE CADA UNA DE NUESTRAS IGLESIAS. Es para nosotros un dulcísimo deber honrar y adorar en la santa Hostia que ven nuestros ojos al Verbo Encarnado que no pueden ver, el cual sin abandonar el cielo se ha hecho presente ante nosotros.

(Credo del pueblo de Dios, 30-6-68).

21) El tesoro escondido de la Iglesia

La Iglesia posee dentro de sí un secreto, un tesoro escondido, un misterio. Como un corazón interior. Posee al mismo Jesucristo, su fundador, su maestro, su redentor. Presa de atención: lo posee presente. ¿Presente? Sí. ¿Con la herencia de su palabra? Sí, pero también con otra presencia. ¿La de sus ministros? ¿De sus apóstoles de sus representantes? ¿De sus sacerdotes?, es decir, ¿de su tradición ministerial? Sí; pero hay algo más. El Señor ha dado a sus sacerdotes, a estos sus ministros cualificados, un poder extraordinario y maravilloso: el de hacerlo realmente, personalmente presente. ¿Vivo? Sí. ¿Justamente El? Sí, justamente El. Pero, ¿dónde, si no se ve? He aquí el secreto, he aquí el misterio: la presencia de Cristo es verdadera y real,

pero sacramental. Es decir, escondida, pero al mismo tiempo identificable. Se trata de una presencia revestida de señales especiales, que no dejan ver su divina y humana figura, sino que solamente nos aseguran que El, Jesús del Evangelio y ahora Jesús viviente en la gloria del cielo, está aquí, está en la Eucaristía...

¿Para cada uno de nosotros? Sí, para cada uno de nosotros. Jesús ha multiplicado su presencia real, pero sacramental, en el tiempo y en el número, para poder ofrecer a cada uno de nosotros, la fortuna, la alegría de paroximarlo, de poder decir: es para mí, es mío.

(Homilía del día del Corpus, 25-5-1970).

22) Importancia inigualable

El Culto Eucarístico fuera de la Misa tiene una importancia inigualable:

—Tanto DESDE EL PUNTO DE VISTA CULTURAL, como forma de adoración, de acción de gracias, de propiación y de súplica, que comprende así los fines del Sacrificio;

—Como DESDE EL PUNTO DE VISTA ASCETICO Y MISTICO, porque sin una genuina piedad eucarística no se da alimento verdadero al apostolado, ni se asegura la fidelidad de las vocaciones eclesiásticas y del ministerio sacerdotal;

—O DESDE EL PUNTO DE VISTA ECLESIAL-COMUNITARIO, porque la Eucaristía se conserva en los templos y en los oratorios como el centro espiritual de la comunidad religiosa y parroquial, mejor dicho, de la Iglesia universal y de toda la Humanidad;

—O bien DESDE EL PUNTO DE VISTA SOCIAL Y HUMANO, como inspiradora de caridad y de sociabilidad;

—O bien finalmente BAJO EL PUNTO DE VISTA ECUMENICO, como fuente y alimento de unidad.

(A lospreparadores del XL Congreso Internacional de Melbourne, 18-2-1973. Hasta aquí Pablo VI.

EPILOGO

El Sagrario y la Fe

Jesús del Sagrario,
junto a Ti venimos a pedir
con tus Apóstoles:
«auméntanos la fe». (1)

Danos aquella fe,
profunda y grande,
del Centurión,
que mereció de Ti tal alabanza.

Danos aquella fe,
humilde y tenaz,
de la Cananea,
que tanto hiciste brillar.

Danos aquella fe,
intrépida y valiente,
del Ciego de nacimiento,
para resistir los embates de los enemigos,
pues, «no de todos es la fe». (2, Tes. 2, 2).

Danos aquella fe,
leal y roqueña,
de Pedro que proclama:
«Tú eres el Hijo de Dios».

Danos aquella fe,
viril y sin respetos humanos,
de María Magdalena,
para postrarse y perseverar a Tus pies.

Danos aquella fe,
penetrante en la oscuridad,
de Juan:
«es el Señor».

Danos aquella fe,
tonificante y alentadora,
de Pablo
que vive por Ti, de Ti en Ti.

Danos aquella fe de todos los santos,
para quienes el Sagrario,
era el imán de sus almas,
era el cielo en la tierra.

Jesús del Sagrario,
si algún día flaquea nuestra fe,
reafírmala, como la de Tomás:
Señor nuestro y Dios nuestro,
que nunca te abandonemos.

INDICE

Pág

Prólogo 3
Introducción 5
PRIMERA PARTE
1. ¿Qué es la Misa? 6
2. ¿Qué vale la Misa? 10
3. La Misa y su fruto 13
4. La Misa y sus fines 15
5. Unidos a Cristo 20
6. Unidos en Cristo 24
7. Misa mundial 26
8. Banquete sacrificial 29
9. Palabra de Dios 30
10. Reflexionar 31
Epílogo 34

SEGUNDA PARTE:
Para comulgar como Jesucristo quiere 37
1. Nuestro Señor 40
2. San Pablo 41
3. San Juan Crisóstomo 43
4. San Agustín 46
5. San Fernando 47
6. Santo Tomás de Aquino 48
7. Santa Gertrudes 49
8. Santa Catalina de Siena 50
9. San Juan de Avila 51
10. San Felipe Neri 54

11. Santa Teresa 55
12. Luis de la Puente 58
13. San Francisco de Sales 59
14. San Alfonso M.ª de Ligorio 61
15. Napoleón 61
16. O'Connell 62
17. San Juan M.ª Vianey 64
18. Cardenal Newman 64
19. San Antonio M.ª Claret 65
20. Santa Micaela del SS 65
21. Luis Veuillot 66
22. San Juan Bosco 67
23. Merry del Val 67
24. Santa Gema Galgani 69
25. Práxedes Fernández 69
26. Padre Pío de la Pietralcina 70
27. Sor Josefa Menéndez 72
28. Margarita Sinclair 74
29. P. Esteban Gobbi 75
30. André Frossard 76
31. Mons. Tiamen Toth 77
Epílogo 78

TERCERA PARTE:
El Sagrario a la luz de los Papas 81
Introducción 83
Pío XII 85
Juan XXIII 92
Pablo VI 102
Epílogo 110